



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Mis ojos han visto al Salvador

Reflexiones sobre el Evangelio de Lucas 2, 22-40 (Fiesta de la Sagrada Familia – Ciclo B – 31 de diciembre de 2017)



Creo no exagerar si afirmo que la Navidad, independientemente del credo que profesemos, es un tiempo esperado con ilusión por la mayoría de los habitantes del planeta. Los motivos de la ilusión, obviamente, son muy variados. Los comerciantes, los hoteles y los restaurantes esperan como agua de mayo estas fiestas por el incremento notable que experimentan sus ventas. Los trabajadores y los estudiantes añoran unos días de descanso después del agitado inicio de curso. La mirada de los niños, grandes protagonistas de esta época, se iluminan con las luces de colores que adornan nuestras ciudades y con la expectativa de los regalos que les traerán los Reyes Magos.

Los discípulos de Jesús, no lo podemos negar, participamos también de esos motivos: nos gusta reunirnos para celebrar una buena cena con la familia y los amigos, recibir y dar algún regalo y pasear por las adornadas calles de nuestras ciudades, pero no nos quedamos en esos motivos para llenarnos de ilusión, de esperanza, de amor y de alegría. El motivo principal de nuestro gozo es que Dios irrumpe de nuevo en nuestra vida y en nuestra historia para, hecho carne en la fragilidad de un Niño pobre y humilde, enseñarnos de nuevo el camino de la vida plena y digna, de la vida libre, justa y verdadera, de la vida reconciliada y en paz.

En esta semana, un poco menos agitada que la anterior y, ayudados con la Palabra de Dios que nos ha sugerido la Iglesia, seguramente hemos podido ahondar en el sentido de la Navidad y disfrutar interiormente del regalo inmenso que Dios ha dado a la humanidad en la persona del Niño Jesús. Inspirado en la experiencia del anciano Simeón y de la profetisa Ana os comparto algunos sentimientos que me ha sugerido la contemplación del Misterio del Dios-con-nosotros.

Impulsado por el Espíritu... La agitación de los días previos a la celebración de la Navidad ha pasado y las cenas, los conciertos y las compras han cedido su lugar al silencio y la adoración. En medio del bullicio de la calle mi mirada se detiene en aquella pequeña gruta donde yacen María, José y el Niño. Me abstraigo de todo y guardo silencio para dejarme llenar de la paz, la verdad, la justicia, el perdón, la vida y el amor

que surgen de ese modesto lugar. Me abstraigo y guardo silencio para agradecer el don de la fe que me permite reconocer, en la pequeñez de este signo, el don más maravilloso que nos ha hecho Dios. Él, que trasciende el tiempo y la historia, se ha hecho tan cercano que lo puedo tocar y sentir entre mis brazos y le puedo sentir latiendo en medio de mi corazón. Dios, al que no se podía ver y al que solo se le escuchaba a través de los signos extraordinarios de las teofanías en el Antiguo Testamento, se hace totalmente cercano y asequible haciéndose parte de mi camino y de mi historia. A pesar de lo cochambroso de mi corazón, me siento plenamente habitado por Él.

Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz... No soy anciano como Simeón y, si Dios no dispone otra cosa, sé que aún no es el tiempo para irme en paz. Sin embargo, como aquel anciano Simeón, confieso que mis ojos “han visto” al Salvador y han sentido la presencia maravillosa de un Dios que sigue apostando por la humanidad y por rehacer la historia no desde los fríos decretos dictados desde la altura sino desde la complicidad de hacerse presente y de habitar la tierra que Él con la fuerza de su Palabra creó. Mis ojos “han visto” la luz que disipa las tinieblas de mis miedos, mis dudas y mis incoherencias porque su cercanía es más grande que mi fragilidad y su amor misericordioso es más grande que mi error. Si tuviese que cerrar el capítulo de mi vida hoy, a pesar mis innumerables fallos, tendría que decir con Simeón: “Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz”.

Hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén... Como Ana, la hija de Fanuel, quiero anunciar sin descanso a mis hermanos y hermanas que, en medio de las luces, los belenes, las cenas y los regalos está la razón de nuestra fiesta. El tiempo de la espera ha terminado porque Dios, el libertador, está entre nosotros y nos da fuerza y lucidez para reconstruir el mundo y hacer que rebrote la vida. La buena noticia del Dios-con-nosotros no se puede ni se debe silenciar pues para muchas personas, en especial para las que no cuentan para la sociedad, Jesús y las personas comprometidas con su proyecto son la única buena noticia que reciben en medio de la oscuridad.

Hace una semana escuchamos el anuncio del Nacimiento de Jesús en Belén... Ahora, con un poco más de calma, nos toca anunciar con gozo que ha nacido en el portal de nuestro corazón. ¡Feliz Navidad!